

corte de París. El czar se habria alegrado de que Inglaterra se hubiese prestado á desempeñar el papel de ejecutor de las decisiones de la Santa Alianza allende los mares, pero Wellington desengañó á todos declarando que su país jamás haria semejante papel y que si España deseaba el auxilio de Inglaterra era menester que lo solicitase directamente. No hubo, pues, remedio; el gobierno de Madrid, presidido por Pizarro, tuvo que cambiar de rumbo, entrar en negociaciones directas con Inglaterra y firmar en 17 de setiembre de 1817 un convenio con esta potencia, abriendo al comercio inglés sus colonias y prometiendo abolir, desde el 30 de mayo de 1820, en todos sus dominios, la trata de negros, á cambio de una indemnizacion de 400,000 libras esterlinas. Para cruzar los planes de Inglaterra ofreció Alejandro al gabinete de Madrid por las 400,000 libras un número de buques de guerra de su escuadra del Báltico, que debian servir para la sumision de las colonias, con lo cual ya se creia en Madrid no necesitar para nada á la Inglaterra; pero el orgullo se trocó en consternacion cuando se vió que los buques tan generosamente cedidos resultaron á su llegada á Cádiz completamente inservibles. El czar, para cohonestar tan escandalosa burla, agregó tres fragatas mas, pero esto no podia cambiar la situacion, porque era un recurso insignificante. La Rusia perdió su crédito en Madrid y el czar tuvo que renunciar á sus ensueños de influencia en la península; el ministerio Pizarro cayó y España volvió á ser el caos de antes.

CAPITULO IV

AUSTRIA É ITALIA (1)

Singular contraste con las convulsiones que conmovian la Francia y la España, y que pronto se extendieron á Italia, como veremos luego, formaba la quietud y petrificacion del imperio austriaco. Desde que se habia levantado en 1809 contra Napoleon para quedar luego vencido, la paralización exterior se habia comunicado á la vida interior, y como remate, habian arruinado y desconcertado á los pueblos austriacos la bancarota del gobierno en 1811 y el repentino casamiento de una archiduquesa austriaca con Napoleon, seguido del cambio correspondiente en la política extranjera. La participacion del Austria en la guerra contra Napoleon no fué obra del patriotismo, sino resultado del cálculo político de Metternich, el director intelectual del imperio austriaco.

Desde el año 1813 adquirió este hombre de Estado en poco tiempo una fama colosal en la sociedad política europea. Sagaz y prudente como pocos, de una amabilidad fascinadora, de tacto seguro y trato facilísimo, nada escrupuloso en punto á moral ni en asuntos pecuniarios, de instruccion superficial ó rutinaria, consiguió resultados brillantísimos en política, y con razon consideraba el estado político creado por el congreso de Viena como obra personal suya, en la cual habia arrebatado á la Prusia el fruto de sus esfuerzos y sacrificios, se habia opuesto con singular resultado á la concupiscencia rusa y habia arreglado la Italia y la Alemania á su gusto. A la conservacion de este arreglo dedicó el resto de su vida y de allí no pasó. Jamás le ocurrió la idea de que las colectividades humanas, las naciones, son organismos que nacen, crecen y se desarrollan; toda su política era esencialmente conservadora sin ninguna idea nueva ni creadora: la que formaba el fondo, aunque vago, de su sistema era un recuerdo de la posicion gloriosa de la casa de Habs-

burgo cuando sus miembros reinantes ceñian la corona del imperio de Occidente y su lema era: *Austrie est imperare orbi universo*, ó abreviado: *A. E. I. O. U.* Pozzo di Borgo decia de Metternich que queria hacer del Austria el planeta al cual sirviesen las demás potencias de satélites.

Su carácter no era á propósito para echar sobre sus hombros la pesada carga del gobierno interior con todos sus pormenores laboriosos, y como hemos dicho, le faltaba la inteligencia para descubrir y emplear con estudio y acierto los medios de desarrollar la prosperidad y bienestar interior del Estado y de los pueblos; su especialidad exclusiva era la política exterior, la diplomacia. Su ignorancia de la relacion mútua entre las fuentes de la riqueza interior y del poder exterior fué la causa del mal éxito de tantos planes suyos, y si á pesar de todo ejerció durante mas de treinta años una influencia casi inaudita en la política general de Europa, no lo debió solamente á sus cualidades personales, á su sagacidad natural para descubrir los flacos de otros y hacerlos servir á sus planes, á su disimulo imperturbable, que le dió una ventaja grandísima sobre los genios menos dueños de sí, ni á su incomparable don de resignarse al instante á todos los reveses, sino tambien al profundo y general deseo de reposo que caracterizó su época y al cual correspondieron perfectamente su sistema y su carácter quietistas.

Por otra parte, debió Metternich su posicion firmísima en Austria á la perfecta armonía que existia entre su índole y la del emperador Francisco. Eran dos naturalezas afines y donde discrepaban se completaban en lugar de producir disonancia. El desarrollo físico é intelectual del emperador, en extremo lento cuando jóven, nada habia presagiado á los que le rodeaban (2), y sentado en el trono no supo salir del angosto círculo intelectual de un empleado subalterno, pedantesco y petrificado. Ninguna capacidad tenia para concebir las cosas desde un punto de vista elevado y propio de hombre de Estado, ni menos comprendia intereses ideales.

Como Metternich, tenia aversion á los caracteres varoniles, vigorosos é independientes. Miraba con recelo á sus propios hermanos, con excepcion del archiduque Luis. La compañía que mas le gustaba era la de personas de clase baja, y aun de conducta poco limpia, que cuanto menos dignas eran de sus favores mas motivos tenian de doblarse á su voluntad y serle adictas. En la clase baja del pueblo vienés adquirió gran popularidad con su aire bonachon y sus salidas vulgares; pero debajo de estas apariencias se ocultaba un corazon egoista é insensible que se reflejaba en la direccion de los negocios públicos. Creia que el Estado no existia sino para él, y consideraba como la primera virtud de todo súbdito, y mas de todo funcionario, la obediencia ciega. Así tomó toda la administracion el sello del carácter personal del emperador, es decir, de una máquina que funciona con grandísimo estrépito pero que nunca se mueve de su sitio, como ha dicho un autor. Metternich tampoco vió ni la necesidad ni la oportunidad de pensar en reformas; para él, segun se expresó en una memoria de 27 de octubre de 1817, que se encontró entre sus papeles, «la máquina del Estado estaba fundada sobre principios tan claros y tan justos, que bien mirado nada habia que cambiar.» A pesar de esto, recomendó en el mismo escrito no extremar la centralizacion, y á la sombra de un gobierno central vigorosísimo y bien organizado hacer alguna concesion á aquellos territorios del imperio que por el idioma, el clima y los usos consagrados se distinguian de los demás. El resultado de esta memoria fué la creacion, para

(1) Véase Springer, *Historia de Austria desde 1809*, obra alemana, tomo I, págs. 108 y siguientes.

(2) Véase, además de Springer, tomo I, pág. 109, la obra alemana de G. Wolf: *Austria y Prusia desde 1780 hasta 1790*, pág. 123 y suplemento III.

la direccion superior del interior, de tres cancillerías supremas en la corte, una para la Hungría, otra para la Transilvania y la tercera para todos los demás territorios. Además había direcciones generales para la hacienda, la justicia, la guerra, la policía y la censura, la contaduría y la cancillería secreta, ó secretaria del Estado y del gabinete particular del emperador. Todas estas oficinas trabajaban independientemente la una de la otra, no teniendo mas lazo de union que la persona del monarca, el cual cuando llegaba á sus oídos la noticia de algun abuso, se mezclaba en todos los asuntos y desbarataba lo hecho con la omnipotencia de un príncipe oriental. Francisco no era tirano, porque para esto carecía de genio y de energía, pero con sus actos de intervencion autocrática y con la falta de organizacion inteligente y completa se estableció en todos los departamentos una marcha holgada y tranquila, pero confusa, paralizándose á menudo mutuamente. Toda la actividad se concentró en el ramo de policía y en el espionaje, que llegaron á un extremo ridículo pero inaguantable por las nimiedades y vejaciones innumerables á que se apelaba, principalmente desde 1817, bajo la direccion del conde Sedlenitzky. Con un gobierno semejante era de todo punto imposible la formacion de un personal administrativo capaz, idóneo y de confianza; todo se volvía llenar papel, rehuir responsabilidades, indolencia y no pocos fraudes. Los diferentes territorios reunidos bajo la corona de Austria tenían cada uno su representacion especial, una especie de corporacion privilegiada, ridícula por lo anticuada, estorbo molesto como un mueble inservible, heredado de los mayores, que ni incomodaba en nada al gobierno ni nada recordaba al pueblo, el cual no se cuidaba de saber lo que hacia, ni por qué existía, ni si existía siquiera. Cuando el emperador Francisco oía hablar de que algunos estados provinciales se mostraban díscolos, solía decir con gran fruicion: «También tengo Estados, he conservado su manera de ser y no los molesto; pero cuando se proponen les pegaré en los nudillos ó los enviaré á su casa (1).»

Ninguna simpatía mostró jamás al ejército este emperador, que tampoco tenía nada de militar; la oficialidad era singularmente ignorante é inculta y el soldado raso era un paria despreciado. El estado material del país era invariablemente el mismo; las fuentes de riqueza permanecían ignoradas, y mientras otros soberanos trataban de aprovechar la paz para poner orden en sus haciendas y amortizar su papel-monedá, la hacienda continuaba en Austria desde 1811 en un estado de bancarota fraudulenta y crónica. Los cuarenta y cinco millones de florines en bonos del tesoro que desde el año 1812 hizo circular el gobierno como cantidad máxima, fueron por él aumentados secretamente en el período de cuatro años hasta cuatrocientos veintiseis millones y medio. El establecimiento de un banco nacional en 1816 no produjo mejora sensible, porque también se abusó del crédito escandalosamente, lo cual unido á la conducta sucia del gobierno aumentó la inmoralidad pública, porque el pobre pueblo, siempre engañado y estafado, prefería gastar hoy en lugar de guardar sus sobrantes en moneda de papel, que mañana no valdría nada. La laboriosidad y la economía, la inteligencia

(1) Véase Martens, *Recueil*, tomo IV, I, 66.—En los papeles de Metternich, publicados despues de su muerte, se encuentra una nota en la cual dice que propuso al emperador una revision de estas dos corporaciones y la creacion de un consejo del imperio, cuyos miembros nombrara el monarca y al cual asistieran delegados de los estados provinciales. Sería incumbencia de este consejo examinar el presupuesto y redactar aquellas leyes que se aplicasen á todo el imperio. El emperador, sin embargo, había dado largas al asunto, y finalmente había muerto sin resolver nada. La memoria á que se refiere esta nota no se ha encontrado en ninguna parte, ni copia de ella. Véase: *Papeles póstumos de Metternich*, tomo III, 62.

y la moralidad desaparecieron, y el goce del momento se hizo el rasgo característico del pueblo austriaco, en especial de la capital.

Todo lo que se parecía á movimiento intelectual era perseguido y ahogado por el gobierno; el emperador Francisco no solamente nunca supo comprender la importancia de las buenas letras sino que las odiaba, y los literatos eran para él una clase de hombres que tenían por oficio alborotar al pueblo. Los escritores que necesitaba su gobierno para su diplomacia en la prensa eran originarios de otros países alemanes, como el ya citado Gentz, prusiano; Federico Schlegel, hannoveriano; Adam Müller, prusiano, y José Pilat. Su opinion respecto de la enseñanza y de la dignidad del profesor está expresada en la famosa alocucion que Francisco dirigió á los profesores del liceo de Laibach y que concluía en estos términos: «El que quiera servirme ha de enseñar lo que yo mando, y el que no pueda hacerlo ó me venga con nuevas ideas, que se vaya, ó yo le quitaré del puesto.» No hay que decir lo que fué la enseñanza superior bajo semejante régimen; en cuanto á la elemental, quedó reducida á la nada.

Para los que gobernaban el imperio austriaco, hasta la Iglesia no era mas que un instrumento de correccion en manos de la policía, instrumento sujeto á la direccion superior del Estado, como todas las demás instituciones y corporaciones.

Si hubiese disculpa para semejante desgobierno, miserable é imbécil, sin sombra de carácter ni de sistema, podría buscarse en la indiferencia con que el pueblo lo aguantó. Ni indicio siquiera de reaccion hubo; á lo mas se desahogó el pueblo, á manera de espectador que quiere reír, en agudezas satíricas sin malicia. Los austriacos nada habían aprendido en las calamidades de las guerras napoleónicas y les faltaban los remedios que á los demás pueblos alemanes, en especial al prusiano, dieron nueva sávia. Mientras los alemanes digerían penosamente la ética de Kant y de Fichte y se entusiasaban con las canciones de sus poetas, el ciudadano vienés se divertía con la lectura de las *Cartas de Eipeldaner*, periódico lleno de sarcasmos sin gracia sobre los males que afligían al país y de adulaciones rastreras dirigidas á la persona del monarca. El ciudadano austriaco despreciaba como su soberano Francisco I, la buena educacion, la instruccion y el ingenio del extranjero. El repertorio clásico del teatro imperial de Viena y las poesías de Grillparzer eran el único lazo de afinidad intelectual de Austria con la Alemania, mientras que los lazos materiales se fueron aflojando tanto que el lenguaje oficinesco del gobierno austriaco chocaba al oído alemán como un recuerdo rancio de tiempos que pasaron.

Todo esto explica por qué el Austria no vió en todo aquel período ni una sola reforma moderna y útil. A pesar de que no se ocultaba al gobierno la imposibilidad de continuar indefinidamente su sistema de inmovilidad, no se atrevía á variarlo por miedo de precipitar la disgregacion que amenazaba. «Mi imperio,—dijo el emperador en un momento de descuido al embajador ruso,—es una casa carcomida, y deshaciendo la menor parte no se sabe hasta dónde llegará el desmoronamiento.» Así, pues, continuaron los hombres de Estado austriacos, resignados en su rutina, contentándose con parar las embestidas de afuera que podían comprometer el edificio ruinoso. Lo demás no valía la pena de reformarse para hombres que en el porvenir no veían mas que el caos, á saber, una humanidad liberal con gobiernos constitucionales, odiados por el emperador instintivamente, mientras su ministro los odiaba porque veía en el movimiento liberal el mayor peligro para el imperio austriaco y para su grande obra particular del año 1815.

Metternich, hay que decirlo para ser justo, no se encontraba, pues, con su política extranjera en la situacion de un hombre de Estado que puede contar con grandes fuentes de riqueza, propias de un dilatado imperio; por el contrario, en todas sus combinaciones tenía que tomar por base la desorganizacion completa de la hacienda austriaca, el estado igualmente triste de su fuerza armada y la rutina maquina de la administracion, que impedían al imperio retar abiertamente á cualquiera otra potencia poderosa. La única arma de Metternich era, además de su habilidad, la influencia tradicional de la casa de Habsburgo sobre sus vecinos mas inmediatos la Alemania y la Italia; pero como ninguna idea tenía del sentimiento nacional, ni menos de su fuerza, tampoco sospechó respecto de Italia que cuanto mas ofendía y comprimía este sentimiento, tanto mas se aumentaba su fuerza de expansion.

Los italianos (1) habían saludado también con alegría la desaparicion del gobierno francés en su patria, pero pronto los sucesos cambiaron este sentimiento en el contrario. Grandes sacrificios les había pedido Napoleón, pero también les había concedido bienes que los pueblos no olvidan cuando despues se les arrebatan, como una administracion ordenada, la igualdad ante la ley, un código civil adecuado á la época, y lo que es mas, nacionalidad y gloria militar. Todo esto perdieron con el tratado de Viena, que restableció los pequeños reinos, ducados y principados italianos y el poder de la Iglesia. El reino lombardo-veneto volvió á ser austriaco; el emperador no volvió á tomar el título de *rey de Italia*, expresamente para hacer olvidar mejor á los italianos su extinguida union nacional y sus ideas constitucionales, y como Metternich decía, para aniquilar el espíritu jacobino italiano y asegurar mejor la tranquilidad. Con este fin fué también disuelto el ejército italiano y abolido todo cuanto podía recordar á los italianos su fuerza y contribuir á preparar una Italia unificada y fuerte.

El reino lombardo-veneto, sometido otra vez al régimen austriaco, fué prosperando materialmente y no era de los países peor administrados de la península; pero no volvió á ver el tiempo feliz de María Teresa, según había esperado el pueblo, ni consiguió el gobierno austriaco conquistar ninguna simpatía entre la poblacion italiana, porque le faltaban el tacto para conocer las necesidades, la ilustracion, el genio y las costumbres de la nueva generacion formada en el período de la preponderancia francesa. Además, la poblacion era ya desde antiguo la mas adelantada en política, en inteligencia y actividad de toda Italia, y á esta poblacion, que se indignaba de ser austriaca y de pasar su vida entre los vejámenes, lentitudes pedantescas y confusiones oficinescas del régimen austriaco, se le impusieron las leyes, contribuciones y personal administrativo austriacos con sus arbitrariedades, equivocas y venalidad. El clero, disgustado también del trato que se le daba, se hizo anti austriaco y reforzó la oposicion nacional que muy luego se fué formando, tanto que cuando el emperador Francisco visitó estas provincias por primera vez, en 1815, encontró una recepcion tan glacial que las autoridades tuvieron que organizar ovaciones, lo cual disgustó al gobierno y aumentó por otra parte sus recelos. Las libertades que concedió á los venecianos y lombardos no podían ser mas mezquinas. El emperador puso á la cabeza del reino lombardo-veneto un virey puramente nominal, que para mayor desgracia fué el archiduque Raniero, que como las demás autoridades dependía en un todo de las direcciones generales de la corte de Viena. La prometida

(1) Véase Reuchlin, *Historia de Italia*, tomo 1.º, págs. 84 y siguientes, y Reumont, *Contemporáneos*; ambas obras son alemanas.

representacion del reino por sus estados ó brazos se redujo al fin á dos corporaciones separadas, á manera de comision permanente, una para la Lombardia y otra para el Veneto, sin intervencion ni autoridad en la administracion pública ni local, y habiéndose reservado el gobierno el derecho de excluir de estas corporaciones á todos los miembros que no merecían su confianza, perdieron desde el primer día la del pueblo. Quedábales el derecho de peticion, pero la única vez que hicieron tímidamente uso de él para indicar al gobierno algunos defectos de la administracion, fueron reprimidos duramente por su extralimitacion por la autoridad superior y el emperador no admitió sus súplicas.

Los demás gobiernos italianos restaurados hicieron en su mayor parte los posibles para enajenarse los corazones de sus súbditos y hacerles sentir su regreso como un castigo. Todos se dieron prisa á abolir escrupulosamente cuantas reformas se habían hecho y á restablecer en cambio lo antiguo, menos las antiquísimas constituciones municipales que en su tiempo habían sido un poderoso escudo de la seguridad individual en las ciudades.

En Parma, donde la ex-emperatriz de los franceses, María Luisa, hija del emperador de Austria, reinaba nominalmente y en realidad su amante el conde de Neipperg, se estableció á lo menos por este una administracion ordenada. En Toscana se esforzó el gran duque Fernando por continuar con bastante tacto las mejoras materiales que antes de los sucesos napoleónicos había inaugurado su padre Leopoldo. En todos los demás Estados italianos se desencadenó la reaccion celebrando su triunfo. En los Estados de la Iglesia volvió á medrar, con la vuelta del papa Pio VII, el antiguo desgobierno clerical; la legislacion y administracion francesa fueron abolidas inmediatamente, como se deja comprender; pero el odio reaccionario no se contentó con esto sino que destruyó hasta la mejora mas inocente que pudiera recordar al gobierno francés, como el alumbrado público y la vacunacion. El clero se encargó de todos los ramos de la administracion; la inquisicion, 1824 conventos de frailes y 612 de monjas fueron restablecidos; el papa exigió de los reyes de Nápoles y de Cerdeña el antiguo tributo, como feudatarios de la Santa Sede; se volvieron á guardar con rigor todas las fiestas de la Iglesia, durante las cuales y los domingos todos los talleres y comercios estaban cerrados, menos las administraciones de la lotería papal. En vano se opuso con prudencia el cardenal Consalvi al furor de los *zelanti*, es decir, de los ultra-reaccionarios, que reinó en absoluto.

En Cerdeña, el rey Victor Manuel, hombre bonachon y estólido, se dejó dominar completamente por la nobleza, rancia é incorregible. De todo cuanto habían introducido los franceses solo se conservaron su ley de tributacion y los impuestos sueltos; restablecieron las constituciones de 1770; la administracion y el ejército se volvieron á regir por las leyes de 1798, y hasta se quiso obligar al comercio á no servirse para el transporte de sus mercancías de la calzada abierta en el Monte Cenis por haberla mandado abrir Napoleón, y volver á atravesar los Alpes por el camino antiguo de Novalesse, que entretanto se había deteriorado completamente. Por ser también obra de los franceses se destruyó el hermoso jardín botánico de Turin, y á duras penas se libró de la misma suerte el puente del Po. En cambio volvieron á florecer todos los defectos, vicios y abusos insoportables de la administracion local, de los tribunales de justicia, de la enseñanza elemental, los privilegios del clero y de la hacienda, sin que nadie mostrara ni remotamente deseo de remediarlos.

Nápoles tuvo la suerte de no ver repetidas las escenas horribles de 1799; pero como durante el interregno extranjero se había trabajado con mucha actividad en las excava-

ciones de Pompeya, se dispuso incontinenti que cesaran estos trabajos, y el dilatado yermo de la Tavogliera (1), en la Pulla, que Murat había hecho roturar, fué abandonado otra vez á su estado anterior. Conserváronse, no obstante, el código de Napoleon y la administracion de hacienda organizada á la francesa, pero dejando ancho campo á la arbitrariedad é inconsecuencia, y la reduccion del ejército dió al bandolerismo un desarrollo tan espantoso que el gobierno napolitano se vió obligado á pactar, como había pactado el gobierno papal, con las partidas de bandoleros, cuyo número en 1817 se calculaba en 3,000 individuos. Desde su regreso llamóse Fernando IV, Fernando I, rey de las Dos Sicilias.

Para Metternich, el emperador era el verdadero soberano de toda la Italia, y sus reyes y duques sus vasallos. Ya en el congreso de Viena había hecho todos los esfuerzos imaginables para extender el dominio directo del Austria sobre las Legaciones, á pesar de formar parte de los Estados de la Iglesia, y sobre el reino de Cerdeña, al otro lado del Tesino; pero habiéndose opuesto decididamente las demás grandes potencias á tanta concupiscencia, procuró conseguir su objeto por medio de convenios con los soberanos italianos y á favor de una alianza italiana, que debía tener su centro en Milan y por presidente un archiduque austriaco. Un gran paso dió en este camino con el convenio que celebró el 12 de junio de 1815 con Nápoles, cuya importancia estribaba en dos artículos secretos. En el primero se obligaba el rey Fernando á no introducir en su reino ninguna constitucion ni innovacion alguna que fuese contraria á las instituciones monárquicas antiguas ó se apartase de los principios de gobierno del reino lombardo-veneto, y en el segundo artículo secreto se comprometían ambos soberanos mutuamente á no hacer alianza ninguna contraria á este convenio ó á la *alianza italiana*, y á notificarse mutuamente todo cuanto se refiriese á la seguridad de Italia y la tranquilidad interior de sus Estados. El primer artículo tendía, según se vé, á realizar una asimilacion política del reino de las Dos Sicilias. Los otros soberanos italianos no se mostraron dispuestos á entrar en una alianza italiana bajo la presidencia austriaca. El gran duque de Toscana se negó rotundamente á ello, y lo mismo hizo el papa, pretextando que no lo permitía su dignidad de jefe de la Iglesia; pero la contestacion mas ruda fué la que dió el gobierno de Turin, que veía con repugnancia y odio la preponderancia austriaca en Italia y recelaba que la corte de Viena meditaba algun proyecto para destronar la línea reinante de Carrián y suplantarla en el trono con la casa de Módena. Así cuando Metternich, pretextando razones estratégicas, pero en realidad para ejercer presion sobre el gabinete de Turin, pidió la cesion del Novalés-Alto, con la calzada del Simplon, mantúvose firme el rey de Cerdeña, á pesar de apoyar la pretension del Austria el ministerio inglés. En efecto, los torjes ingleses, para contrarestar la influencia rusa en el continente, se mostraban favorables á la preponderancia del Austria en Italia. En cambio, Alejandro de Rusia sostuvo al rey de Cerdeña y la Prusia se determinó tambien á apoyarle. El ministro ruso, Capodistria, dijo al embajador de Cerdeña para excitar á su gobierno á perseverar en su política anti-austriaca: «La idea de la independencia italiana podría traer muchas ventajas y causar mucho perjuicio al Austria.» El rey de Cerdeña entró, á solicitud de la Rusia, en la Santa Alianza para tener en la proteccion rusa un medio de evadirse de la alianza austriaca, que Metternich no cesaba de ofrecer con empeño molesto. Por fin Metternich se decidió, con gran dolor suyo,

(1) De toalla, es decir, *sabana*, *páramo*, y de donde viene la medida agraria *tahulla*.

á desistir de su proyecto, ó cuando menos, á aplazarlo para mas adelante.

El gobierno austriaco no ignoraba el descontento y el disgusto que sus manejos habían engendrado en la poblacion de los diferentes Estados italianos, pero no dió ninguna importancia á esta disposicion del espíritu público, y mucho menos á las ideas de nacionalidad italiana que cundían en toda la península. Acostumbrado á tratar con alemanes, creía firmemente que los italianos no podían abrigar seriamente la idea de nacionalidad comun; porque, decía, eran tantos pueblos distintos como territorios y un movimiento comun y general era tan imposible como una concordancia de opiniones (2). En esto no anduvo del todo errado, porque el particularismo era antiguo en Italia y tan arraigado estaba en las poblaciones como en los gobiernos; pero el de Viena contribuyó con su opresion excesiva y con su carácter extranjero y alemán á hacer sentir la falta de nacionalidad y de union, por lo pronto en las clases mas instruidas é ilustradas de toda la Italia. La literatura fué el campo donde coincidieron y formaron foco estos sentimientos nacionales, al principio aislados, porque los pensadores, al meditar sobre la historia de su país y las desgracias que, en parte por su culpa, habían caído sobre él, no podían menos de convencerse de que los pueblos italianos jamás saldrían de su abyeccion é impotencia política sin regenerarse antes interiormente. Manzoni fué el jefe de la escuela romántica italiana, hija de la inglesa y alemana; nueva escuela que se encargó de la educacion de la nacion para conducirla, con paciencia y estudios serios, primero á la independencia intelectual. A este objeto cooperó tambien la trasformacion de la literatura, extraviada hasta entonces en las regiones puramente académicas y estéticas, haciéndose intérprete de sentimientos reales y grandes y rompiendo las ligaduras aristotélicas. De este modo se preparaba la emancipacion del país de la opresion austriaca, la cual no pudo impedir con su censura que el periódico *Il Conciatore*, redactado por Silvio Pellico, en Milan, fuese el órgano del partido nacional.

Esta propaganda patriótica literaria solo encontró un suelo favorable á su desarrollo en las clases ilustradas, en la aristocracia, en la oficialidad del ejército y entre los pensadores y hombres de ciencia, muchos de los cuales habían recibido su educacion é instruccion en el extranjero ó en obras extranjeras; pero ninguna influencia ejerció en la masa del pueblo, que continuó en su indiferencia ignorante y rutinaria. Esto privó á los promovedores de la libertad é independencia italianas del apoyo vigoroso de la opinion pública y de la masa del pueblo. Para suplir la falta de esta fuerza moral y material, se organizaron las sociedades secretas, que encontraron un terreno en extremo favorable en la nacion italiana, inclinada desde antiguo á las conspiraciones, al disimulo, á la arteria y hasta al puñal y al veneno como armas permitidas al débil en su lucha contra la fuerza bruta. Se atribuye la introduccion de las sociedades secretas en Italia á la de las lógias masónicas francesas de los carbonarios, *Charbonniers*, que florecían en la Francia oriental bajo el gobierno de Napoleon, el cual se servía de ellas secretamente para influir en la opinion pública y contrarestar la influencia clerical (3). En la península itálica cambió esta secta de carácter, se hizo nacional, patriótica, democrática y enemiga del yugo extranjero, y por esta razon sobrevivió, como otras imitadas de ella, á la caida de Napoleon y de sus sucesores. Las lógias carbonarias se ramificaron rápidamente por toda la Italia y se asimilaron muchas otras sociedades secretas,

(2) Véase Martens, *Recueil*, etc., tomo 4.º, 1, 272, y *Papeles póstumos de Metternich*, tomo 3.º, pág. 87.

(3) Véase Ranke, *Gesammelte Werke*, págs. 40, 118 y siguientes.

como la de los güelfos, en el Norte de la península, algunas de carácter perverso, y hasta entraron en relacion con las partidas de bandoleros que asolaban el territorio napolitano. El objeto y los medios de estas sociedades no eran siempre claros ni puros y variaban con los países; en las del Mediodía prevalecían las ideas democráticas y en las del Norte las federales, bajo la proteccion del Piamonte. Los tristes gobernantes de los diferentes Estados no encontraron otro medio para defenderse contra estos enemigos invisibles mas que oponerles otras sociedades secretas monárquicas y religiosas, como la de los *caldereros*, fernandinos, sanfedistas, etc., y sobre todo una policía secreta perfeccionada, con todas sus consecuencias odiosas y desmoralizadoras; de suerte que por los dos lados opuestos se trabajó para malear al pueblo italiano y envenenar su sávia.

CAPITULO V

ALEMANIA.—EL CONGRESO DE AQUISGRAN (1)

Si el Austria fué desde el principio un déspota extranjero para los italianos, no podía decirse lo mismo respecto de los alemanes, porque el origen de aquella potencia es exclusivamente alemán solo que con el tiempo se ingertaron en ella tantas ramas extranjeras que si bien recibían su sávia de la raíz y del tronco comun, dieron á esta potencia un carácter extranjero. La gran mayoría de sus habitantes no era alemana, y hacia que el centro de gravedad de Austria estuviese fuera de Alemania hacia al Este y el Sur. Con la supresion por el congreso de Viena del poder temporal de los grandes magnates eclesiásticos, con la extincion de la soberanía de tantos príncipes, condes, barones y señores, la autoridad imperial, anexa á la corona de Austria, había perdido sus puntales mas poderosos y en gran parte su razon de ser. A pesar de esto continuó el emperador pretendiendo ocupar el primer puesto en Alemania, aprovechando sus ventajas, sin tener ya ningun deber que cumplir ni responsabilidad alguna que temer. Esto produjo gran indignacion en los patriotas alemanes, que han maldecido la memoria de Metternich hasta que sucesos recientes han ilustrado esta cuestion. Hoy comprenden los alemanes instruidos é imparciales que no tuvo la culpa Metternich de un estado tan monstruoso, sino que dependía de las condiciones del pueblo alemán que lo soportó.

Para comprender esto basta formarse una idea correcta del estado del pueblo alemán á la conclusion de la guerra. Al terminar el período de que tratamos, el pueblo alemán había experimentado sacudidas tan bruscas y recibido tantos elementos nuevos de fermentacion que arrancado súbita y brutalmente de su sopor y rutina tradicional, no le fué posible imaginarse, ni con la mejor voluntad del mundo, una nueva existencia política basada sobre las ruinas del viejo imperio feudal. No faltaban hombres pensadores que comprendían que á la lucha material contra el enemigo exterior seguiría otra intelectual, que en lugar de permitir volver al estado de indolencia anterior, daría mucho quehacer (2). Esta lucha intelectual puede compararse con el palpar del ciego, que no puede proponerse ningun fin fijo y grande. Opinion pública no existía, y la inmensa mayoría de los alemanes se había quedado tan extenuada por efecto de las tribulaciones y

(1) Treitschke, *Historia de Alemania en el siglo XIX*, segunda parte, 1882. Obra escrita en alemán.

(2) Véase la *Vida de Fr. Pershes*, librero editor notable de Hamburgo, que nació en 1772 y murió en 1843. El autor de la *Vida* es su hijo, el profesor de jurisprudencia en Bonn, Clemente Pershes. En 1872 se publicó la sexta edicion de esta obra.

horrores de la guerra que se mostró completamente satisfecha con la expulsion de los franceses y el recobro de la paz. Cada uno tenía además demasiado trabajo para proveer á su existencia propia, cosa tanto mas difícil cuanto que á las consecuencias de la guerra se agregaron una paralización general del comercio y la gran carestía del año 1817. La pobreza y la miseria volvieron á entronizar las dos grandes virtudes, la economía y la laboriosidad; la vida doméstica se purificó y la religion recobró su dominio, pero el interés por la política quedó aletargado. El pueblo alemán en la última guerra había aprendido á conocer su fuerza y grandeza, pero no tenía idea de que á estas cualidades pudiera darse una forma permanente. Muchas eran las personas que tenían un deseo vago de una Alemania unida y poderosa, pero la rutina de los intereses estrechos de campanario ó de una pequeñísima patria particular, se había hecho segunda naturaleza de los alemanes y no era posible trasformarla de una sola vez. En medio del entusiasmo teórico por la unidad, ningun alemán quería que su país, ya fuese la Baviera, ya el Wurtemberg, ya el Baden, ya el Hesse, ya, menos que todos, la Prusia, se viera reducido á ser simple miembro de un todo; y los que meditaban sobre la aversion entre los alemanes del Norte y del Mediodía, no podían librarse del temor de ver dividida la nacion alemana en dos imperios independientes cuando llegara el caso de la desaparicion del particularismo.

Ni la Prusia, el mayor de los Estados verdaderamente alemanes, podía pensar entonces en ser el porta-estandarte de la nacion alemana, porque se lo prohibían su conformacion geográfica, la mas desfavorable que cabía imaginar por efecto de la envidia de las otras potencias y de la torpeza de sus propios hombres de Estado, y sus fronteras dilatadas, que entre otros muchos Estados vecinos menores, la tenían expuesta á la invasion de tres grandes potencias, limitrofes tambien. Además estaba completamente exhausta y á la vez ocupadísima en asimilarse las nuevas adquisiciones que le había concedido el tratado de Viena y que habían pertenecido á Estados diferentes; de modo que la Prusia debía procurar, mas que ninguna otra potencia, mantener la paz y marchar de acuerdo con sus aliados de 1813. Gran potencia de nombre, no llegaba, ni con mucho, á poder equipararse con las demás, ni menos á poder provocarlas. Esta política correspondía tambien perfectamente al carácter pusilánime del rey Federico Guillermo III, que incapaz de tomar ninguna disposicion atrevida y habiendo tenido que sufrir los horrores de la guerra y las amarguras de la dependencia del vencedor y de aliados insolentes, prefirió el reposo comprado á fuerza de humillaciones á las vicisitudes de nuevas complicaciones exteriores, cuyo resultado era imposible prever; no por esto rebajóse el rey á ser instrumento maquinal de sus poderosos aliados, sino que se limitó á ser el fiel de una balanza en cuyos dos platillos estaban la Rusia y el Austria. Sin embargo, cuando el emperador Alejandro, su amigo, cuyo hijo y heredero el gran duque Nicolás se había casado entretanto con la hija del rey de Prusia, la princesa Carlota, quiso arrancarle á la fuerza en 1818 la ratificacion de un tratado de comercio perjudicial á la Prusia, Federico Guillermo se opuso decididamente á aceptarlo (3), y cuando en el año antes Metternich le había propuesto una alianza secreta para poner un freno á los proyectos orientales del czar, había rechazado igualmente la proposicion, contra el consejo de su ministro Hardemberg, para no destruir la concordia entre las tres potencias, de la cual dependía la paz de Europa.

(3) Para mas detalles Bernhardi, tomo 3.º, pág. 627.